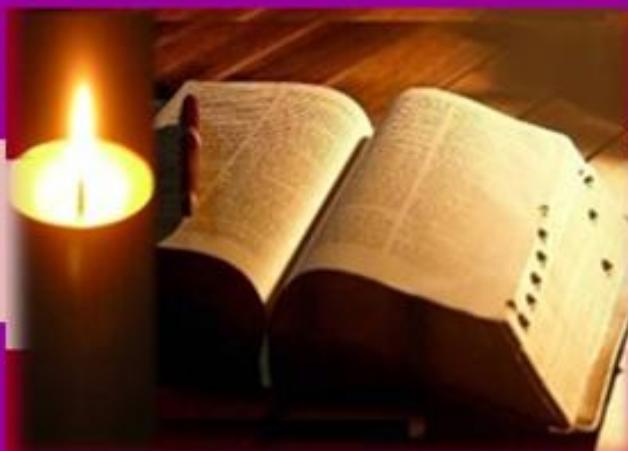


LECTIO



DIVINA

DOMINGO 2º



Cuaresma

Carlos Pabón Cárdenas. CJM.



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI





La amistad con Cristo

Ambientación

El hombre ha soñado tener en esta vida terrena la experiencia de Dios. La Biblia nos habla de testigos calificados del Dios vivo. Conocemos sus nombres, su tiempo, algo de sus vidas. Abraham, Moisés, Elías, Jeremías, María, Apóstoles y otros muchos. Pero la gran experiencia de Dios, dentro de la humildad de la condición humana, nos la ha dado Dios mismo en Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado. «*El es Dios con rostro de hombre*» (Benedicto XVI).

La liturgia nos habla en este domingo de cuaresma de esa experiencia, en el signo de la Alianza en Antiguo Testamento y en la Transfiguración en el Nuevo Testamento. De esta manera nos quiere encaminar hacia la Pascua que es el momento máximo de esa experiencia en la Resurrección. Todos estamos llamados no sólo a recordar esos relatos sino a encontrar en ellos nuestra propia experiencia de Dios.

1. PREPARACIÓN: Invocación al Espíritu Santo

Ven a mí, Espíritu Santo,
Espíritu de **sabiduría**:
dame mirada y oído interior
para que no me apegue a las cosas materiales,
sino que busque siempre las realidades del Espíritu.

Ven a mí, Espíritu Santo,
Espíritu de **amor**:
haz que mi corazón
siempre sea capaz de más caridad.

Ven a mí, Espíritu Santo,
Espíritu de **verdad**:
concédeme llegar al conocimiento de la verdad
en toda su plenitud.

Ven a mí, Espíritu Santo,
agua viva que lanza a la **vida eterna**:
concédeme la gracia de llegar
a contemplar el rostro del Padre
en la vida y en la alegría sin fin. Amén.

(Oración de San Agustín)

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Gn. 15, 5-12.17-18: «*Mira el cielo... cuenta las estrellas si puedes*»

La primera lectura narra un ceremonial sacrificial muy antiguo, el cual sellaba la conclusión del *pacto* y la *promesa* de Dios a Abraham. Se trata de una **dobles promesa**





de Dios, la promesa de una *abundante descendencia* (Gn. 15, 1. 18) y la promesa de la *posesión de la Tierra* de Canaán «*desde el rio de Egipto hasta el Gran Rio (el Eufrates)*» (Gn. 15, 18).

Abraham ha escuchado una promesa inicialmente llena de contenidos terrenos: una tierra para poseer, una gran descendencia que llevaría su nombre a todo lo largo de la historia. Pero pasan los tiempos y Abraham es habitante nómada en esa tierra y el hijo de la promesa no viene, siendo su matrimonio marcado por la esterilidad. Se queja ante Dios de ver frustrada su inquebrantable esperanza (v.2). La mirada de Abraham era corta e inmediata. Le preocupaba su heredero. Dios lo invita a mirar lejos, a ese que sin saberlo él estaba esperando, Cristo (Gál. 3, 16).

En una profunda y bella noche de desierto, Dios lo invita a contemplar el cielo estrellado y lo pone a contar estrellas, en una visión abrumadora e impresionante: «*Mira el cielo... cuenta las estrellas si puedes*». Imposible hacerlo. Se le pide una tarea infinita que sobrepasa su débil condición de hombre. Y Dios se compromete con él, mediante un pacto ratificado según las costumbres de la época, a darle lo que él no puede alcanzar por sí mismo..

Podemos mirar el universo con ojos curiosos y maravillados... Pero Dios nos invita a interrogarnos y a contemplarlo con los **ojos de la fe**. Descubrir allí su poder y su obra en beneficio del hombre. Y sabedor de la debilidad del hombre le ofrece un pacto llamado *Alianza*.

El **ritual** es propio de la época: *animales sacrificados* que eran al tiempo signo amenazante de lo que podía suceder a los actores del pacto en caso de infidelidad; paso entre las víctimas distribuidas en dos montones... En la lectura hay un contraste elocuente entre las **tinieblas** en que se mueve Abraham y la **luz** que pasa por entre las víctimas, que no es otro que Dios: *la antorcha que pasa* es signo de Dios, que es luz, que pasa... *el terror intenso y oscuro* que invade a Abraham, signo de estar ante lo sagrado. ¿Será sólo un hermoso y conmovedor relato o estaremos ante una experiencia mística de Dios en el corazón de un ser humano? En la vida de varios hombres y mujeres de nuestros tiempos hay hondas experiencias de esa presencia de Dios actuante en ellos.

El Dios poderoso se obliga a llevarlo lejos, prolongándose en su descendencia, hasta un punto que Abraham no puede ni siquiera imaginar. Una tierra de libertad es mucho para el hombre pero es poco para Dios. El tiene mucho más que dar al hombre a quien ama como a su **imagen y semejanza**.

Sal. 27(26): «El Señor es mi luz y mi salvación»

Mannati afirma que «*Este salmo es un cuerpo cuya columna vertebral es la confianza*». Podemos decir que se trata de un salmo de confianza dividido en dos partes: *Confianza triunfante* y *confianza suplicante*.





Lo primero que hace el salmista es armarse de confianza para superar todos los obstáculos y todos los miedos. Después aborda la suplica. Parece que el salmista quiere decirnos: *que sentido puede tener nuestra oración si antes no nos hemos fiado plenamente de Dios? ¿No es la confianza en Él lo primero que debemos pedir?*

Es significativo que en un salmo breve aparezca por tres veces la palabra *ḥb*, es decir, «corazón». El salmista no quiere ir a Dios por los caminos de la razón. Y, como dice Pascal: «*El corazón tiene razones que la razón no comprende*».

Las palabras del salmista nos comentan y actualizan la actitud espiritual de Abrham. También él estaba en la tiniebla, buscaba la presencia divina y esperaba, tal como Dios le había dcho, gozar de la bondad del Señor en la Tierra prometida. El Señor fue para él luz y salvación. Para nosotros, Cristo es la luz que todo lo transfigura (cfr. evangelio) iluminando nuestras tinieblas, salvándonos de la muerte y del pecado.

El salmo respensoril es especialmente expresivo en la perspectiva cristiana de la gloria. Cada cristiano puede recitarlo como un canto de camino -«*Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida*»-, esperanzado y seguro en la única seguridad decisiva: «*Espera en el Señor*».

Flp. 3,17 - 4, 1: «El transformará nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa»

La promesa de la tierra viene recogida en la segunda lectura e interpretada como «*ciudadanía celestial*» (Flp. 3, 20). Igualmente se da una primera ojeada a la resurrección de Jesucristo, pues el cuerpo humano y también el cosmos entero serán transformados y hechos partícipes «*según el modelo de su condición gloriosa*» (Flp. 3, 21).

La carta a los Filipenses nos dice cómo vivir el misterio. Estamos en tensión entre lo transitorio y lo definitivo. San Pablo nos previene que podemos dejarnos acaparar por lo caduco y pasajero. Incluso podemos instalar en nuestra vida ídolos rivales de Dios. Nos podemos hacer **enemigos de la cruz de Cristo**. Esa situación arrancaba lágrimas a Pablo y nos las puede arrancar a nosotros. Pero **nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un salvador, el Señor Jesucristo. El transformará nuestra condición humilde en su condición gloriosa.**

La *Transfiguración* no es sólo un misterio para admirar y contemplar sino para vivir. San Pablo lo enseñaba a los cristianos de Filipos. En un primer momento habla de unos, alejados de Dios, que actúan como «*enemigos de la cruz de Cristo*». Se duele del camino que siguen *sólo atraídos por las cosas terrenas*. Contraponen a ellos aquellos que por haber abrazado la fe se hacen ya *ciudadanos* de otro mundo, el de Dios. Y les anuncia un final: *El transformará nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa.*

El camino de la transfiguración es la asimilación en la cruz de Cristo. las afirmaciones del Apóstol son una orientación para el camino cuaresmal y para toda la vida cristiana.





Como Abraham, tampoco nosotros tenemos aquí una ciudad permanente (cfr. **Hbr. 11,10 y 13,14**); ¿por qué, pues, valorar más las cosas terrenas que las definitivas? Nuestra meta no es la corrupción del sepulcro, sino la asimilación, incluso en el cuerpo, de la gloria de Jesús.

Pablo mira con interés el cuadro dinámico de su vida, que está dibujando no por una especie de complacencia estéril, sino siempre en función de los filipenses: sus valores, los que ha realizado ya y los que está persiguiendo, son también de ellos: «*Hermanos, sigan todos mi ejemplo y observen a los que se conducen conforme al modelo que tienen en mí*» (3,17).

La exhortación se prolonga: en el trasfondo está la exigencia incómoda de tener que ir contra corriente. Una mirada hacia la meta escatológica, a la que se están dirigiendo tanto Pablo como los filipenses, los anima a proseguir el camino. Aquí el «*ustedes*» se convierte en «*nosotros*»: Pablo se implica con los filipenses y casi se identifica con ellos: «*Nuestra patria está en los cielos, de donde esperamos al salvador y Señor Jesucristo*» (3,20). Este sentirse juntos, primero en el camino y luego también en la convivencia de la patria celestial, hace explotar el cariño de Pablo, que volviendo al «*ustedes*» exhortativo, concluye: «*Por tanto, hermanos míos queridísimos, mi alegría y mi corona, manténganse firmes en el Señor, queridos míos*» (4,1).

Lc. 9, 28-36: «*El aspecto de su rostro se cambió y sus vestidos eran de una blancura fulgurante*»

**EVANGELIO DE JESUCRISTO
SEGÚN SAN LUCAS
(Mt. 17, 1-9; Mc. 9, 2-10)**

R/. Gloria a Ti, Señor.

²⁸ Unos ocho días después de estas palabras, tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar. ²⁹ Y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se cambió, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante, ³⁰ y he aquí que conversaban con él dos hombres, que eran **Moisés** y **Elías**; ³¹ los cuales aparecían en gloria, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén. ³² Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, pero permanecían despiertos, y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.

³³ Cundo ellos se separaron de él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer **tres tiendas**, una para ti, otra para





Moisés y otra para Elías », sin saber lo que decía.³⁴ Estaba diciendo estas cosas cuando se formó **una nube** y los cubrió con su sombra; y al entrar en la nube, se llenaron de temor.³⁵ Y vino **una voz** desde la nube, que decía: «**Este es mi Hijo, mi Elegido; escúchenlo**».

³⁶ Cuando cesó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos callaron y, por aquellos días, no dijeron a nadie nada de lo que habían visto.

Palabra del Señor.

R/. Gloria a Ti, Señor Jesús.

Re-lemos el texto para interiorizarlo

a) Contexto: [Lc. 6, 20 - 8, 3... (9,28b-36)... 9,51 - 19,27].

Este fragmento del evangelio de Lucas pertenece a la parte final de la tercera sección: **Ministerio de Jesús en Galilea**. Más exactamente, en los dos capítulos precedentes del Evangelio de Lucas (Lc. 7-8), se impone la novedad traída por Jesús y crecen las tensiones entre el Nuevo y el Antiguo Testamento.

Al final, Jesús se da cuenta que ninguno había entendido su propuesta y mucho menos su persona. La gente pensaba que fuese como Juan el Bautista, Elías o cualquiera de los Profetas (cfr. Lc 9,18-19). Los discípulos lo aceptaban como el Mesías, pero como un Mesías glorioso, según la propaganda del gobierno y de la religión oficial del Templo (cf. Lc. 9,20-21).

Jesús trató de explicar a los discípulos que el camino previsto por los profetas era un camino de sufrimiento, por el papel asumido hacia los marginados, y el discípulo podía ser tal, sólo si tomaba su cruz (Lc 9,22-26). Pero no tuvo mucho éxito.

Y en este **contexto de crisis**, es cuando sucede la **Transfiguración**. Las «*palabras*» a las que hace referencia el comienzo del evangelio de hoy (v.28) son el contexto anterior al mismo: el primer anuncio de la Pasión y las condiciones para seguir a Jesús (9,22-27). Eso nos da el tenor del episodio de la Transfiguración, que es como un “icono” de la Resurrección en el momento sombrío de las predicciones de muerte. Es común en la Escritura señalar las dificultades de la misión y, siempre también, la asistencia y la fuerza divinas para afrontarlas. Ahora se manifiesta a sus discípulos con el **resplandor de su gloria**.

A este evangelio sigue una curación especial de Jesús al endemoniado epiléptico (Lc. 9,37- 43a) y el segundo anuncio de la Pasión (Lc. 9,43b-45). A partir de ese momento, empieza la *subida de Jesús a Jerusalén*, la gran sección del «**camino a Jerusalén**», muy ampliada en Lucas (9,51-18,14), respecto al de Marcos.





Entre el llamado «*pequeño suplemento*» (Lc. 6, 20 - 8, 3) y «*el relato de viajes*», (Lc. 9, 51 - 19, 27), ha encajado el evangelista su relato sobre la glorificación de Jesús: [Lc. 6, 20 - 8, 3... (Lc. 9,28b-36)... Lc. 9,51 - 19,27].

b) Comentario:

v. 28: «Subió al monte a orar...»

La experiencia de Abraham tenía todavía un contenido terreno y temporal. Cuando llega la Encarnación, el momento en que Dios entra personalmente en la historia del hombre, se llega al punto culminante de ese largo caminar. En su Hijo encarnado Dios cumple la promesa hecha a Abraham y se presenta vivo como aquél que se ha comprometido con el hombre. San Lucas nos narra otra experiencia sucedida muchos siglos después: *la Transfiguración*. Jesús «*tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago y subió al monte a orar*».

Como en la escena del Bautismo, San Lucas acentúa en la transfiguración la **situación de plegaria** de Jesús (cfr. Lc. 3,21 y 4,29). Es «*mientras ora*» cuando Jesús es proclamado Hijo de Dios por la voz misteriosa, tanto en el **Jordán** como en el **monte**. La transfiguración se produce precisamente en este momento de profunda intimidad con el Padre. Así se entrevé el sentido del hecho: un anuncio de la resurrección, cuando Jesús habrá «*dejado el mundo y vuelto al Padre*» (cfr. Jn. 16, 28). Así también se indica el camino del cristiano con Dios, como Hijo suyo, para compartir la gloria de Jesús. Como los discípulos, todos los cristianos estamos cubiertos por la nube de la presencia gloriosa de Dios.

Los nombres cambian pero la realidad sigue siendo la misma. Jesús es el Hijo de Dios que **sube a lo alto de un monte para orar**. Estamos en el lenguaje de los **signos** que debemos descifrar. No tratemos de ubicar ese **monte**. Es un lenguaje que nos habla de **sumergirse en el misterio de Dios Padre** con quien Jesús entra en experiencia inefable. El **monte**, no es sólo un accidente geográfico, sino el lugar propicio para el **encuentro con Dios**;

Pero Dios no quiere estar solo. A partir de ahora, en esa búsqueda de Dios estará también presente el hombre, aquí representado en esos tres discípulos de la primera hora que, invitados, acompañan a Jesús: Pedro, Santiago y Juan. Estamos ante personas que nos son conocidas, testigos fieles de la encarnación. Tienen nombres propios, vivieron en una época que podemos precisar.

v. 29: «Y Mientras oraba...»

La verdadera oración es entrega al misterio de Dios y asimilación con El. Jesús, Hijo del Padre en la realidad humana, experimenta esa transfiguración: el **rostro** que se transfigura. El vestido, aquello que lo ata a lo humano, se torna **blanco brillante**: una vez más estamos





ante una manera intensa de expresar la realidad divina. la **nube** que los cobija; la **voz** que proviene de la nube... Todo nos dice que estamos ante signos de que algo que tiene **alcance divino** está sucediendo. Todo pasa en una acción propia de la relación del hombre con Dios: la **oración**. Cuando ella es auténtica es experiencia de encuentro entre dos personas que se aman, se hablan, se escuchan.

vv. 30-31: «Moisés y Elías...»

Dos testigos en la Biblia garantizan la verdad de un hecho: **Moisés** y **Elías**, la **ley** y los **profetas**, «*hombres de monte*» los dos (Moisés, *Sinaí*; Elías, *Horeb* y *Carmelo*). También Jesús está en el monte y también ahora en el monte se manifiesta Dios. Jesús es más que la Ley y que los Profetas. Jesús es más, es **Hijo elegido** a quien hay que escuchar: en griego, hay profunda relación entre **escuchar** (*ακουω*) y **obedecer** (*υπακουω*); en efecto, la palabra «obedecer» viene del latín y significa «saber escuchar».

Moisés y Elías son dos personajes venidos del pasado que aparecen en escena: También son testigos de una **experiencia de Dios** pasada. Representan la **primera alianza**. Son testigos de una experiencia, grande pero transitoria, que culmina en la persona de Jesús para una nueva manifestación de Dios. *Hablaban entre ellos de su muerte que iba a consumir en Jerusalén. Moisés es la ley antigua*, la palabra de Dios que hizo historia de salvación con el Pueblo. La que habló a Abraham e hizo pacto de alianza con él. **Elías es el profetismo**, la presencia de Dios acreditada por esos testigos que hablaron en su nombre. Que supieron leer, en los tiempos que vivieron, la llegada de los tiempos nuevos. El tiempo se los llevó pero su testimonio vive como viven ellos. Se manifiesta la gloria divina que los envuelve a todos. Ella no es ostentación de grandeza o poder sino la presencia del Dios que salva.

La experiencia de Dios iba a revestir un carácter inesperado: *la muerte del Enviado de Dios*. Supremo contraste entre **gloria** y **humillación**, entre luz y oscuridad que anuncia ya, anticipadamente, la máxima experiencia de Dios en la Resurrección.

Destacamos la original alusión -exclusiva de Lucas- al contenido del diálogo con los misteriosos personajes gloriosos: «*Hablaban de su partida (εξοδος = éxodos) que iba a cumplir en Jerusalén*». Es el dato nuevo e inesperado. Que precisamente esa **gloria divina** se asocie a la **ignominia** del que muere en cruz (**Gál. 3, 13**). La entraña del plan salvador de Dios se hace manifiesta. Son inseparables la **gloria divina** y la **condición humana**, mortal pero asumida por el Hijo de Dios, que hace de la entrega de la vida por la salvación del mundo una **fuerza redentora**.

v. 32-33: «Maestro, bueno es estarnos aquí...»

Adormilados, los discípulos son testigos de este acontecimiento. No logran penetrar en su sentido. Quisieran sí **aprisionarlo** en las débiles realidades humanas y hacerlo perdurable (**v. 33b**). Los dos testigos de la primera alianza se alejan (cfr. **v. 33a**). Han cumplido su misión. Hacen entrega de su esperanza al Señor que ha hablado con ellos haciéndoles conocer el sentido hondo del propósito divino. Pero Jesús no viene a reemplazarlos, porque mientras ellos (Moisés y Elías) fueron **mediadores** de Dios, **Jesús** es su mismo **Hijo**.





vv. 34-35: «... Se formó una nube y los cubrió con sombra... Y vino una voz desde la nube que decía: "Este es mi Hijo, mi Elegido; escúchenlo"».

La nube es también lenguaje de presencia divina. Por eso, desde el interior de ella, se escucha la **voz del Padre Dios**. El tiene la **Palabra reveladora** del designio divino, él es la plena manifestación de la voluntad del Padre. **Escucharlo** es cargar el corazón con el peso de la **Palabra divina**, así ella quebrante muchas veces nuestras situaciones cómodas. Cristo dijo un día: «**Felices los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica**».

v. 36: Y, al final «**Jesús quedó solo...**»

Jesús es el Hijo, el Elegido, a quien hay que **escuchar**, clímax y culminación de todo el episodio. Después, Jesús queda solo: hay una palabra nueva y definitiva.

Todo pasa. Es preciso bajar del monte y sumergirse de nuevo en la cotidianidad propia del vivir humano, en la llanura. Pero ya saben los discípulos hacia donde se encaminan. También nosotros lo sabemos desde ahora. Esa experiencia seguirá marcando la vida del hombre.

Por el momento se vive en el silencio («... **ellos callaron...**»): por parte de los discípulos, hay una clara determinación a no hablar de la gloria de Jesús «*en aquellos días*», es decir, antes de los acontecimientos pascales. Pero llegará el día en que los testigos hagan conocer esa experiencia a toda la humanidad, cuando la predicación apostólica venga de la fuerza del Espíritu, al cumplirse los días de Pentecostés. El Deuteronomio (cfr. **Dt. 17, 6**) pedía dos o tres testigos para afirmar la realidad de algo. Allí están ellos hablándonos todavía hoy y para siempre de ese momento.

Mientras los otros sinópticos -**Marcos** y **Mateo**- en este pasaje, dejan conectar el relato de la transfiguración del Señor con su resurrección (cfr. **Mc. 9, 9-10; Mt. 17, 9**), falta este paso en Lucas.

3. MEDITACIÓN: ¿QUÉ NOS DICE el texto?

Examinar la Alianza y escuchar al Señor...

Mientras los hombres quieren prescindir de Dios en la construcción de un mundo mejor, el Señor se acerca al hombre para hacer alianza con él y decirle que no es posible un paraíso sin Dios. Mientras que el *hombre de hoy* se une en alianza con la técnica, el dinero, el poder, el placer, etc. (que son los ídolos actuales), el *hombre de fe*, el hombre creyente, se une a Dios, hace alianza con él y se compromete con su Palabra; y así se produce el milagro, como con Abrahán:





La Cuaresma es tiempo propicio para examinar nuestra «alianza» con Dios; para reafirmarnos en ella; para ver si está rota o deteriorada y decidírnos seriamente a fortalecerla. La Cuaresma es el tiempo propicio para «escuchar» al Señor, como dice el Evangelio de hoy, y practicar con alegría su Palabra. No podemos dejar pasar la Cuaresma sin reflexionar en ello y sin fortalecer nuestra fidelidad a Dios y nuestra ejemplaridad con los demás.

La subida de Jesús a Jerusalén tiene el nombre de éxodo: interpreta la Pasión de Jesús desde la historia de Israel como algo liberador. El evangelio comienza haciendo referencia a las palabras anteriores de Jesús (anuncio de la pasión, condiciones del seguimiento: cf. 9,22-26). No hay Resurrección sin Pasión, no hay seguimiento sin cruz... y esto en Cuaresma. ¿Qué te sugiere?

El rostro de Jesús en el Tabor nos hace mirar nuestro propio rostro y ver qué signos presentamos. Nuestras luchas para mantenernos fieles a la *alianza*, al compromiso con Dios, podría llevarnos al desánimo por lo larga que es y los fracasos cosechados. Por eso, un rayo de luz viene a animarnos. En la Navidad, el profeta Isaías decía: «una luz brillará en la oscuridad». Jesús se transfigura y la oscuridad de las dudas deja paso a la admirable luz de la certeza de la fe en Jesús: «Yo soy la luz del mundo» (Jn. 8,12).

Hoy se nos repite la invitación a *retirarnos del alboroto diario*, como Jesús lo hizo, para *disfrutar de la cercanía de Dios*. Y en esa cercanía experimentaremos la paz de Dios y diremos como el apóstol Pedro: «bueno es estarnos aquí».

«Mientras oraba...»

En la *unión orante* con el Padre *celestial* queda incluida, ni más ni menos, la naturaleza de Jesús palpable y humana. La divinidad eterna alcanza tal intensidad en Jesús, que su corporeidad queda transformada en *otro estilo de existencia*.

Todo el acontecimiento del monte Tabor se apoya abiertamente en el resplandor del Misterio Pascual. Sólo en el período postpascual fueron capaces, los tres apóstoles, de reconocer la significación de la transfiguración prepascual por medio de las manifestaciones de Jesús resucitado. La «*gloria*» (Lc. 9, 32) es un anticipo, una indicación previa de la resurrección de Jesús.

Relación con la Eucaristía

En la Eucaristía, especialmente dominical, somos invitados a remotivar y refrescar nuestra condición de discípulos: tenemos que «escuchar» más a Jesús. En Cuaresma y a lo largo del año, domingo tras domingo -día tras día- acudimos a la escuela de este Maestro que Dios nos ha enviado, y él nos va enseñando, con su ejemplo y con su Palabra, el camino de la salvación y de la vida.





4. ORACIÓN: ¿QUÉ LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

Te bendecimos, Padre Santo, por Jesucristo,
al que proclamaste en la Transfiguración «Hijo elegido».
Por El diste fuerza a los apóstoles,
para que descendiesen de la montaña gloriosa
al llano de la vida, en donde se encuentra
la ruta dolorosa que conduce a la resurrección,
transfiguración final.

El es nuestro Señor, que se entrego a la muerte,
por la justicia del Reino.

Murió por nosotros, resucitó y fue glorificado.

Tu Hijo Jesucristo nos invita diariamente
a rehacer nuestra vida,
bajo tu obediencia, en virtud de la fe.

Haz que tu Espíritu habite en nosotros,
para que aceptemos el misterio de la cruz,
camino de la resurrección;
para que no plantemos egoístamente nuestras tiendas
sin dar cobijo a los desamparados;
para que no mutilemos el Evangelio.

Por medio de tu Espíritu pascual
quieres que hagamos un mundo nuevo,
una ciudad más humana;
que caminemos por el *llano*
sin olvidar la gloria de la *montaña*;
que ascendamos en nuestras fiestas a tu *monte*
sin alejarnos de las miserias del *valle*.
Amén.

5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿A QUÉ NOS COMPROMNETE la PALABRA?

¿A qué te compromete esta Palabra? ¿Qué dimensión de mi vida puedo cambiar? ¿Qué hacer, por poco que sea, para optar por acudir a la oración? ¿Cómo dar pasos para desterrar lo que en mí es incompatible con Jesús? ¿Qué hacer para salir de dinámicas de comodidad y afrontar horizontes de sufrimiento ¡Algo que esté en mi mano de modo realista!

Nuestro compromiso hoy

El papa Juan Pablo II nos invitó a incorporar en nuestra recitación del rosario una contemplación del misterio de Transfiguración en los misterios de la luz divina. Ese misterio hace parte de nuestra vocación cristiana ya desde ahora. Es el proceso lento de la vida cristiana que se va transfigurando en Cristo (**2Co. 3, 18**). Estamos llamados a llevar en





nosotros su imagen. Dejar que el Cristo encarnado viva en nosotros haciendo que nuestros pensamientos, deseos, sentimientos y actitudes sean las de él en nuestra vida (**Ga 2, 20; Flp. 2, 5**). Pero también desde ahora debemos estar habitados por el Señor glorioso que nos va llevando irresistiblemente hacia el destino final. Ese es el dinamismo propio de la vida de todo bautizado. Así nos lo conceda el Señor.

Para orar y vivir la Palabra

«Mi corazón no tiembla» (Sal. 27(26), 3a).

Quisiera, Señor, poder decirte hoy con toda verdad estas hermosas palabras del salmista: «Mi corazón no tiembla». Porque muchas veces tengo miedo: miedo a la vida. Miedo a los demás, miedo a mí mismo. Incluso te tengo miedo a ti. Muchas veces mi corazón se ha puesto a temblar como las hojas de los árboles movidas por el viento. Pero hoy no tengo miedo. Me siento seguro en ti. Te siento cerca de mí y esta presencia tuya íntima, profunda, embriagadora ha ahuyentado de mí todo miedo. Gracias Señor.

«Tú eres, oh Dios, mi madre bien amada. Mis ojos están fatigados en buscarte y mi corazón está lleno de emociones. Soy un niño inmovilizado en la trampa del mundo. Oh madre, tú eres la gallina y yo el polluelo. Tú eres mi madre y yo tu niño amado. Espero y espero siempre en ti».

(Poema hindú, s.XII)

Algunas preguntas para meditar durante la semana

1. Hay cosas que solo pueden acontecer durante la oración. ¿Cómo es la nuestra? ¿Qué experiencias de Dios tenemos en ella?
2. ¿Crees que Jesús es realmente tu amigo, permanentemente y sin considerar cómo le respondes?
2. Piensa en las maneras como Jesús te ha mostrado su amistad.
3. Piensa en las maneras como tú puedes mostrar amistad a Jesús.

Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

